

El rincón misionero

por Ana G^a-Castellano



EL CONTRATO

La fábrica empezó a funcionar. Salvador, el papá de Ramón, y la gente de la plantación, traían los granos ya fermentados y secos. Venancio dirigía el tostadero. Mamá Esther los molía con azúcar de caña. Teresa y su hija Maite batían la pasta, dulce y suave. ¡Vamos!, decían. ¡Traed los moldes, que no se endurezca el chocolate!

¡Mmmm. El aroma a cacao! Los niños se asomaban por la ventana:

- ¿Podemos ayudar, Mamá Ester?
- Si, luego, pegaremos las etiquetas- .

Por fin, la primera remesa estaba lista. Las tabletas de chocolate puro con azúcar, los bombones rellenos de miel y cacahuete... los mejores: los de almendras de egombe-gombe , ... ¡Qué rico! – dijo Ramón intentando meter el dedo en la pasta. Su hermana Maite le dio en la mano con la cuchara: ¡Quieto! Luego lo probaréis.

Venancio llegó a la tarde con el equipo de envoltorios: -¡Manos a la obra!- envolvían las tabletas con láminas de aluminio. Después las cubrían con el papel de "Chocolate Maravillas" que había diseñado Mari Paz. El último grupo las iba colocando en cajas. Víctor y Catalina estaban impacientes: - ¡Se van a chupar los dedos!

A la mañana siguiente, a la puerta de la plantación llegaron dos hombres extranjeros. Con acento francés se dirigieron a Salvador y Venancio:

- ¿Dónde está el cacao que les compgamos cada año?
- ¿El cacao? –Respondió Venancio inquieto

- Ahora ya no se lo vendemos a ustedes. Lo destinamos a nuestra cooperativa de chocolate. Sacamos mejores beneficios. –cortó Salvador. -Ustedes nos obligaban a venderlo a precio de basura.

- Pego... hay un contagio. – sonrió maliciosamente el más alto. ¡Les demandemos!

Mamá Ester les increpó: - ¡No van a asustarnos! Saben que su contrato era abusivo. Ahora fabricamos nuestro chocolate con nuestro cacao. ¡Váyanse!

- ¡Ya lo vegemos! –dijo el bajito, que parecía el jefe. –El lunes volvegemos-. Los dos dieron media vuelta, y se alejaron riendo de una manera que estremeció a los tres amigos.

Enseguida corrieron a contar lo sucedido al padre Alberto, que mantuvo la calma, mientras leía la copia de contrato que traía Salvador.

-Este contrato de venta a esta multinacional de chocolates no parece muy legal... Consultaremos con la abogada, voluntaria de la parroquia.

El lunes, El P. Alberto, Salvador y Margarita, la abogada, esperaban a los de la multinacional, que llegaron con una carpeta llena de papeles.

- Aquí está la demanda que vamos a llevag al juzgado: Ustedes tenían un compgomiso de vendegnos el cacao. Y lo han usado en su ... fábgica de pacotilla.

Margarita les interrumpió: - Ustedes saben que ese contrato era abusivo, por tanto, nulo; nosotros podríamos usarlo en cualquier juicio.

- ¿Nulo? – se extrañó con una sonrisa maliciosa el hombre alto.

- Sí. Ustedes fijaban el precio muy por debajo del precio de mercado. No permitían negociar a los cultivadores del cacao... Esto, ante un tribunal, les costaría una multa de muchos miles. Y saldría en televisión. Entienden, ¿verdad? Así que ya pueden marcharse.

- ¡Esto no quedagá así! – gritó el bajito que parecía el jefe. Los dos se levantaron, recogieron sus papeles y se fueron. Pero en el ambiente quedó flotando una nube de amenaza.

- Ahora es momento de ir a la capilla a contarle a nuestro Padre Dios lo que ha ocurrido. Necesitamos su protección. – dijo muy sereno el padre Alberto.

Aquella tarde, en la capilla, la oración fue una confiada esperanza en que la fábrica continuaría, y así construirían la escuela.

-Jesús, - terminó las peticiones Víctor- que no se derrita el chocolate de la Madre Maravillas, por favor-. Todos respondieron un amén entre risas.

A media noche, los chicos de Rebola llegaron a la parroquia dando grandes gritos:
¡Fuego en el secadero!

Acudieron corriendo y contemplaron con horror cómo las llamas devoraban el frágil edificio.

Con una cadena de cubos consiguieron apagarlo, pero se había perdido la techumbre y gran parte de las paredes de madera...

- Gracias a Dios, no ha ardidido el almacén de granos! – sonrió Mamá Ester.- ¡Pero, estamos arruinados! ¡La furgoneta también había ardidido!

Alguien gritó: - ¡No nos rendiremos! ¡Pediremos un crédito!

Pero, ¿cómo pagarlo?

Francis se adelantó, secándose el sudor. Su figura se recortaba contra el sol del amanecer:

- Creo que tengo una idea...